

La hora terrible de los vencidos

EL PAÍS - Cultura

La hora terrible de los vencidos

El historiador Giles MacDonogh evoca la represión aliada sobre los alemanes

JACINTO ANTÓN - Barcelona

02-10-2010

Vae Victis! ¡Ay de los vencidos! A ningún pueblo como al alemán al acabar en 1945 la II Guerra Mundial se le puede aplicar tan precisamente la frase de Breno, el caudillo galo que justificó con el peso de su espada la falta de contemplaciones con los romanos derrotados. La vida se convirtió en un infierno para muchísimos alemanes, cuando buena parte del mundo se felicitaba por el fin de la contienda más atroz jamás librada. La historia de los terribles padecimientos de los grandes perdedores de la guerra ha pasado en buena parte inadvertida no solo porque el castigo y la venganza de los enemigos parecían consecuencia lógica, y hasta justa, de los pecados del III Reich, sino porque los propios alemanes afrontaron a menudo esos sufrimientos con sentimiento de culpa. De todos esos sufrimientos escribe el historiador británico Giles MacDonogh (Londres, 1955) en su impresionante ensayo *Después del Reich, crimen y castigo en la posguerra alemana* (Galaxia Gutenberg).

Los aliados llegaron acompañados por el odio y las poblaciones sometidas por los nazis se cobraron las cuentas en horrenda moneda de sangre. Los vencidos fueron internados en campos de concentración -a menudo en los propios *lager* nazis- en condiciones atroces, deportados, sometidos a marchas de la muerte y sevicias sin cuento, a torturas dignas de los peores especialistas de la Gestapo; fueron masacrados, violados, humillados hasta límites inverosímiles. En Praga, por poner solo un ejemplo, hubo una quema de alemanes colgados en fila de las farolas, como antorchas vivientes: la mayoría eran miembros de las SS, pero los checos no eran muy meticulosos al diferenciar los uniformes e insignias y también incineraron vivos a soldados de la Wehrmacht.

La noche del 5 de mayo de 1945 hombres, mujeres y niños alemanes refugiados en una escuela fueron sacados al patio de diez en diez y fusilados; los supervivientes hubieron de desnudar y enterrar los cadáveres, protagonizando escenas que no hubieran desentonado en Babi Yar. En la Königsberg sometida a la ocupación brutal de los rusos la hambruna provocó casos de canibalismo dignos del Leningrado sitiado. El general estadounidense Lucius Clay, de la comisión de Control de los Aliados, reconoció el uso sistemático de torturas a alemanes sospechosos, algunas inspiradas en las que empleaban las SS en Dachau: "Por desgracia, en el ardor de los momentos posteriores a la guerra recurrimos, para obtener pruebas, a medidas que no habríamos utilizado una vez extinguido dicho ardor".

En su pormenorizado y conmovedor viaje a la experiencia alemana de la derrota, MacDonogh combina las estadísticas -más de tres millones de alemanes muertos después de que acabara oficialmente la guerra, 16.500.000 civiles expulsados de

sus hogares, 200.000 niños nacidos en 1946 fruto de las violaciones- con entrevistas realizadas a testigos de los hechos.

MacDonogh, un hombre tranquilo con ese extraordinario sentido de la anécdota relevante que tienen los buenos historiadores británicos para amenizar y humanizar sus trabajos, llegó al tema como desarrollo natural de un libro sobre Prusia en el que ya abordó las consecuencias de la derrota de 1945. Su abuelo era un judío austriaco, su familia tuvo que huir del país y pagó tributo de dolor en los campos de exterminio.

Para el historiador, "incluso el castigo legal de los alemanes resultó muy imperfecto e injusto, algo lógico cuando se piensa que en los juicios de Nuremberg uno de los jueces no era ni siquiera jurista sino un general ruso que acusaba a los alemanes de la matanza de Katyn y que los bombardeos aliados de civiles alemanes no fueron siquiera mencionados". Los colectivos alemanes que más sufrieron fueron los del Este, los de los sudetes, los de Yugoslavia... "Si eras un nazi que vivía en Suabia no padecías tanto como un no nazi de Prusia oriental". En cuanto a los prisioneros, "en Yugoslavia los mataron a casi todos, en Polonia y en Rusia los esclavizaron, los franceses se vengaron en ellos y en los campos en EE UU murieron 100.000".

Del peligro de que su libro pueda ser usado para llevar agua al molino de la ultraderecha reconoce que en efecto existe: "Esa es la razón de por qué obras así no gustan en Alemania: parece que relativicen la culpa y alivien la responsabilidad de los alemanes por los actos que cometieron. Pero eso no debe detener al historiador, so pena de ignorar injustificablemente un período de la historia".

ABC-Cultura

Alemania, año cero

El historiador británico Giles MacDonogh revive el calvario de la población alemana en «Después del Reich»

SERGI DORIA / BARCELONA

Día 04/10/2010

El final de la Segunda Guerra Mundial es la crónica expiatoria de una Alemania ligada por la opinión mundial al régimen criminal de Hitler. En «Después del Reich» (Galaxia Gutenberg), el historiador Giles MacDonogh bucea en aquella «culpa colectiva» que justificó para los vencedores las penalidades de todo un pueblo. Entre sus fuentes, quince volúmenes que el Willy Brandt de la Ostpolitik decidió en 1970 que aparecieran de forma cuasi clandestina: trescientas copias sin identificación bibliográfica. «Los consulté en la British Library: estaban en las estanterías de la pornografía», subraya MacDonogh.

Su libro, «no pretende excusar a los alemanes, pero no duda en poner en evidencia a los Aliados victoriosos por el modo en que trataron al enemigo en tiempos de paz,

pues en la mayoría de los casos no se violó, mató de hambre o apaleó hasta la muerte a los criminales, sino a mujeres, niños o ancianos».

El Ejército Rojo trajo consigo el saqueo y la violación... Para protegerse de los rusos, explica MacDonogh, «las mujeres se cubrían de ceniza, caminaban renqueantes apoyándose en muletas o se pintaban manchas rojas para simular enfermedades... Pero los rusos no se mostraban demasiado selectivos y, por edad, las víctimas iban desde niñas pequeñas hasta bisabuelas». A esos desmanes, ya documentados en «Una mujer en Berlín», que publicó en 1954 el periodista Kurt W. Marek, aporta Mac Donogh testimonios sobre lo sucedido en Austria, Prusia Oriental, Pomerania, Silesia... Como denominador común, un comentario sarcástico de aquellos tiempos feroces: «Las mujeres habían sido violadas por los rusos, y luego tuvieron que servir de putas a los americanos». En Checoslovaquia los antiguos campos nazis volvieron a funcionar para acoger alemanes. El líder Benes ya lo advertía, sin importarle si los prisioneros eran antiguos nazis o antifascistas: «¡Ay, ay, ay, tres veces ay para los alemanes! ¡Vamos a liquidarlos!». Para checos y polacos con afán de revancha, «un alemán es un alemán».

Tras la división de Alemania, cada facción aliada se cebó con los derrotados. Los soviéticos seguían robando y violando; pese a la advertencia del general Patton, —«todos los nazis son malos, pero no todos los alemanes son nazis»—, los norteamericanos despreciaban a los vencidos, aunque no a sus mujeres (94.000 «niños de la ocupación»).

A la «culpa colectiva», que servía de coartada al «vale todo», se opusieron Karl Jaspers o Hannah Arendt, pero en los procesos de desnazificación no se diferenciaba entre inocentes y culpables. El trienio 1946-1948 estuvo marcado por la hambruna de siete millones de ciudadanos sin techo. Los alemanes comían perros, gatos, ratas, ranas... Un cigarrillo valía más que un billete de 100 marcos y equivalía a 115 gramos de pan.

La actitud de los norteamericanos cambió en 1948 con el Plan Marshall, mientras en la zona soviética se impuso el Partido Único. En agosto de 1949 se celebraban las primeras elecciones de la Alemania Federal y en octubre nacía la República Democrática Alemana. La Guerra Fría. Los alemanes, concluye MacDonogh, «no querían conocer su historia mancillada. Hartos del pasado, encontraron placer con la destrucción de sus ciudades...» La Hora Cero.

El Periódico de Extremadura

ESTUDIO DE UN ASPECTO POCO CONOCIDO DEL SIGLO XX.

La venganza de los aliados

Cerca de tres millones de alemanes murieron tras el final de la II Guerra Mundial, según denuncia el historiador británico Giles MacDonogh en su libro 'Después del Reich'.

03/10/2010 JOSE OLIVA (EFE)

Cerca de tres millones de alemanes murieron tras el final de la II Guerra Mundial, un periodo en el que, auspiciadas por los aliados, se produjeron violaciones masivas y se expulsó de sus casas a 16 millones de personas, según denuncia el historiador británico Giles MacDonogh en *Después del Reich*.

Publicado por Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, *Después del Reich* revela que en 1946 se estima que nacieron unos 200.000 niños fruto de esos ultrajes y violaciones, y además se reutilizaron los campos de concentración y exterminio, incluso los más infames, como Auschwitz, Sachsenhausen, Buchenwald, Dachau y Bergen-Belsen.

En esos campos, los aliados practicaron con el millón de prisioneros de guerra alemanes "métodos parecidos a los utilizados por los nazis", según mantuvo MacDonogh en la presentación en Barcelona de su libro.

"Incumpliendo la Convención de Ginebra, los utilizaron (a los prisioneros) para hacer trabajos forzados y en la mayoría de los casos se puede decir que fueron esclavizados", añadió.

Según MacDonogh, "el final de la Guerra estaba planificado desde hacía mucho tiempo, en 1943 Estados Unidos ya habla de dividirse el mundo con la URSS, por lo que esas atrocidades, ese período de caos que se produjo tras el final de la guerra se podría haber evitado".

La Unión Soviética tampoco respetó la Convención de Ginebra con los 90.000 presos alemanes de la batalla de Stalingrado, de los que "sólo sobrevivieron 5.000, que no pudieron volver a Alemania hasta 1955".

En la primera mitad del siglo XX circuló el mito de que "era sencillo transferir población de un territorio a otro, como ya se había hecho en Grecia y Turquía", pero los aliados occidentales pensaron que los movimientos demográficos se tratarían en agosto de 1945 en la Conferencia de Postdam, cuando "la URSS ya había iniciado en enero estos movimientos de personas y había lanzado una política de hechos consumados", según MacDonogh. Los movimientos de personas, ha afirmado, fueron la mayor causa de los cerca de tres millones de muertos de este período.

El libro no se limita a contar lo que pasó en Alemania y Austria, sino que también aborda lo que sucedió en la Europa del Este y en los Balcanes, así como el juicio de Nuremberg y los subsiguientes juicios y procesos realizados contra nazis de tercera

fila que, según su autor, acabaron ocupando cargos importantes en el nuevo estado que nació en 1949.

Masacre de Katyn

En relación al juicio de Nuremberg, el historiador británico considera que "había una falta de cuerpo legal" y menciona la anomalía de que el principal juez de Rusia no era un jurista, sino un general, que "pretendía que se juzgase a los presos de guerra alemanes por la masacre de Katyn, que habían cometido los propios rusos".

Añade que se cometieron injusticias como condenar a generales que no habían participado en las atrocidades del nazismo y que como oficiales en guerra habían hecho lo mismo que los generales aliados.

Además de archivos históricos, MacDonogh ha tenido acceso a numerosos diarios privados, hasta ahora inéditos.

LA RAZÓN

Alemania terror contra terror

Desde 1943, tanto Estados Unidos como la Unión Soviética tenían muy claro que había que castigar a los alemanes una vez se ganara la Segunda Guerra Mundial. Las barbaridades cometidas por los aliados quedan documentadas en un escalofriante trabajo del historiador Giles MacDonogh.

2 Octubre 10 - Víctor Fernández - Barcelona

Pero ¿qué ocurrió en Alemania tras la caída de Hitler? Esa pregunta es la que contesta el historiador Giles MacDonogh en una monumental obra, «Después del Reich», que acaba de publicar Galaxia Gutenberg. El ensayo desvela la represión que la población alemana sufrió a manos de los aliados tras el 7 de mayo de 1945, cuando se ponía fin a la Segunda Guerra Mundial. Un país destruido y traumatizado al descubrir la verdad oculta de los campos de concentración padecía una nueva devastación. Como había dicho poco antes de su muerte el presidente Franklin D. Roosevelt, el objetivo era que «hay que enseñar al pueblo alemán su responsabilidad por la guerra, y durante mucho tiempo deberían tener sólo sopa para desayunar, sopa para comer y sopa para cenar».

Un tema tabú

MacDonogh, en declaraciones a LA RAZÓN, explicó que se puede considerar que el tema de su libro «ha sido tabú. No es que no se haya tratado antes. La gente ha escrito sus memorias y hablado en ellas sobre esto, pero existen una serie de elementos que había que barajar para hacer este trabajo». Los datos que menciona son los que se refieren a las violaciones, ejecuciones, pillajes y otros tipos de

castigos que, en muchos casos, carecen de una importante falta de documentación. Lo que sí parece claro es que a las cuatro potencias ganadoras del sangriento conflicto –Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Unión Soviética– no les tembló el pulso para dar un escarmiento a aquellos que habían sido sus enemigos. Eso hizo que incluso se llegaran a reutilizar campos de concentración, hasta algunos de los más brutales, como Auschwitz, Dachau o Bergen-Belsen.

Divisiones morales

A ello se sumó que más de 16 millones de civiles fueran expulsados de sus hogares por algunas de los países aliados. MacDonogh reconoce que «los alemanes cometieron enormes atrocidades y en extraordinarias cantidades durante la guerra, pero parece que queremos mantener siempre la idea de que dos fallos hacen un acierto. En ocasiones los aliados habían perdido su base moral al cometer aquellos actos y por algunos de los juicios que tuvieron lugar, especialmente por el tratamiento que se les había dado a los prisioneros, tanto a los criminales de guerra como a los políticos. Incluso existían divisiones morales entre los jueces que no aprobaban los estándares morales que se aplicaban. Es el caso del juez francés en Nuremberg, Donnedieu de Vabres, que tenía ideas incómodas para mucha gente».

En el libro, de casi unas mil páginas, se recogen numerosos ejemplos de los excesos cometidos en toda la Alemania liberada de la opresión nazi. La periodista Margert Boveri llegó a comparar el Berlín de mayo de 1946 con el saqueo de Roma, constatando con resignación que «sólo ahora, al observar lo que se están llevando los rusos, podemos ver lo ricos que éramos». En una estimación a la baja, MacDonogh sostiene que el número de berlinesas violadas, sobre todo por los soviéticos, se sitúa en 20.000. El exceso acabó siendo algo corriente, propiciando una especie de humor negro resumido en una popular frase alemana: «¡Mejor un Iván en el vientre que un americano en la cabeza!». Las consecuencias de los abusos sexuales desembocaron en suicidios, embarazos y enfermedades. En 1946 se calculó que uno de cada seis niños nacidos fuera del matrimonio tenían padres rusos. La «desnazificación» fue otro de los ejes de esta política, incluso para los alemanes que habían participado en la conjura para asesinar a Hitler. Uno de los casos más curiosos es el de Charlotte von der Schulenburg, cuyo marido, Fritz, fue ejecutado tras conspirar contra el dictador. Ella no pudo cobrar su pensión de viudedad hasta 1952 por ser un jerarca nazi, aunque díscolo.

El historiador está convencido de que muchas de las barbaridades cometidas contaban con el visto bueno de los máximos superiores. «Stalin sabía todo lo que estaba ocurriendo y él decía a sus soldados: “Chicos, necesitáis divertirlos un poco”. Pensaba que era como una recompensa para sus hombres. Respecto a los franceses, en términos de atrocidades, por ejemplo, desconocemos si fueron sancionados por lo que hicieron en Stuttgart. Las barbaridades de los estadounidenses eran a muy pequeña escala, tal vez consecuencia de una falta de disciplina. Los ingleses, por su parte, eran un ejército profesional y no se sobrepasaron».

El responsable de «Después del Reich» apunta que las fuerzas militares que liberaron Alemania del nazismo acabaron incumpliendo «la Convención de Ginebra, emplearon a los prisioneros para hacer trabajos forzados. En la mayoría de los casos se puede afirmar que fueron esclavizados». Pero todo estaba dibujado

desde hacía tiempo. MacDonogh recordó que en 1943, cuando aún quedaban dos años para acabar con Hitler, «Estados Unidos ya habla de dividirse el mundo con la U.R.S.S., por lo que esas atrocidades, ese período de caos que se produjo tras el final de la guerra, se podría haber evitado»

Las irregularidades se extendieron hasta el punto de no respetar la legalidad internacional. Por ejemplo, la Unión Soviética se saltó la Convención de Ginebra con los 90.000 presos alemanes de la batalla de Stalingrado. En el libro se explica que de todos esos detenidos solamente sobrevivieron 5.000, y que, además, no regresaron a sus casas hasta 1955.

Cuando apareció publicado en Gran Bretaña el documentado estudio de MacDonogh no escapó a la controversia. El historiador lamenta que, pese a que muchos aplaudieron su gran esfuerzo y dedicación, también recibió críticas negativas por hablar de los alemanes que sobrevivieron a Hitler como víctimas. El especialista británico cree que no se acabó bien aquella guerra.

Dresde y la destrucción

«No era de esperar –escribe Hans Magnus Enzensberger– que las mujeres alemanas hicieran mención de la realidad de las violaciones; ni que presentaran a los varones alemanes como testigos impotentes cuando los rusos victoriosos reclamaban a sus mujeres como botín de guerra –según los cálculos más fiables, más de 100.000 fueron violadas en Berlín en las postrimerías de la guerra–». Lo afirma en el prólogo de un gran libro: «Una mujer en Berlín» (Anagrama). Un relato escrito en un búnker subterráneo entre abril y junio de 1945. Un relato de aquellos días. «Las mujeres –insiste– resultaron ser las heroínas de la supervivencia entre las ruinas de la civilización». Y es que no sólo sufrieron los aliados. La población alemana también probó la hiel de la guerra, las consecuencias del nazismo. Antony Beevor lo descubría ya en su libro «La caída: 1945» (Crítica). Los soldados rusos se desquitaban de las vejaciones nazis humillando a sus mujeres con violaciones sistemáticas, en grupo. Hubo, incluso, muchachas que optaron por convertirse en «novias» de oficiales soviéticos. Era preferible estar con un hombre a pertenecer a varios. Desde hace unos años se ha subrayado el violento desquite de los aliados. La prueba más evidente es el bombardeo de Dresde. ¿Era necesario ese aplomo? En la ciudad no había material bélico relevante. La excusa fue «quebrar la moral del enemigo». El escritor W. G. Sebald le dedicó un libro enjundioso, que no se puede desechar, a estas campañas aéreas. Escribe: «La RAF arrojó un millón de bombas sobre territorio enemigo, de las 131 ciudades atacadas, algunas quedaron totalmente arrasadas, y unos 600.000 civiles fueron víctimas de la guerra aérea sólo en Alemania». En Hamburgo hubo 200.000 muertos. Las llamas de Dresde se veían a 70 kilómetros. El calor derretía el cristal de las ventanas y la espiral de fuego desencadenó huracanes que absorbían a las personas.

Ficha

«Después del Reich. Crimen y castigo en la posguerra alemana», de Giles MacDonogh. Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores. 976 páginas. 30 euros.

PÚBLICO

MacDonogh destapa las culpas aliadas

2/10/2010

El historiador británico denuncia abusos contra civiles alemanes en 1945

Giles MacDonogh (Londres, 1955) conoce a alemanes a los que no ha vuelto a ver tras la publicación de *Después del Reich. Crimen y castigo en la posguerra alemana* (Galaxia Gutenberg). "Son intelectuales liberales que no habrían aprobado este libro, porque en sus círculos no está bien visto cuestionar la posguerra en Alemania", dice. Más de 900 páginas, muy documentadas, en las que recoge el sufrimiento del pueblo alemán después de la caída del III Reich, en 1945. Del libro, se desprende que a los aliados no les tembló el pulso a la hora de aplicar los mismos métodos de represión nazis.

El autor denuncia, en cierto modo, el silencio oficial asumido en toda Alemania: "Creo que más que voluntad de esconderlo, había una falta de voluntad de hablar de ello. La diferencia es sutil pero importante. **Sencillamente, no era correcto hablar**", comenta.

Más de dos millones de alemanes murieron tras la guerra; 200.000 niños nacieron en 1946 fruto de violaciones; 16 millones de civiles fueron expulsados de sus hogares... Son cifras que suenan a Holocausto. "Son datos oficiales", se defiende MacDonogh. "La historia aprende de la historia: para degradar y humillar al vencido **muchos inocentes fueron metidos en trenes malolientes, recibieron palizas, fueron violados, recluidos en campos de concentración...**".

MacDonogh no se entretiene en buscar culpables, pero ante la evidente delicadeza del tema, no rehúye la terminología más dura cuando se le citan nombres: Roosevelt, **Churchill**...: "¿Criminales de guerra? Culpar a los jefes de Estado es, en definitiva, correcto, porque son los responsables últimos, pero los ejecutores estaban en un rango muy inferior".

Los más sanguinarios fueron los más jóvenes, "de entre 14 y 19 años", que habían pasado por campos de concentración. El sentimiento de venganza no se puede negar. No todos, ni mucho menos, pagaron sus culpas.

Doble sufrimiento

Franklin Delano Roosevelt dijo que había que enseñar al pueblo alemán su responsabilidad por la guerra. Y eso fue lo que se hizo: "Se le dio mucha propaganda a la reeducación de la población civil: **los llevaron a ver sus campos de concentración, sus horrores, cómo morían sus víctimas...** y pasaron a ser responsables por no haber evitado que la policía se llevara a sus vecinos". El pueblo alemán, por lo tanto, "sufrió doblemente", porque se hizo cargo psicológicamente de los crímenes del nacionalsocialismo.

PÚBLICO

MacDonogh denuncia las atrocidades cometidas por los aliados tras la guerra

EFE Barcelona 01/10/2010 15:00 Actualizado: 01/10/2010 18:17

Cerca de tres millones de alemanes murieron tras el final de la II Guerra Mundial, un periodo en el que, auspiciadas por los aliados, se produjeron violaciones masivas y se expulsó de sus casas a 16 millones de personas, según denuncia el historiador británico Giles MacDonogh en "Después del Reich".

Publicado por Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, "Después del Reich" revela que en 1946 se estima que nacieron unos 200.000 niños fruto de esos ultrajes y violaciones, y además se reutilizaron los campos de concentración y exterminio, incluso los más infames, como Auschwitz, Sachsenhausen, Buchenwald, Dachau y Bergen-Belsen.

En esos campos, los aliados practicaron con el millón de prisioneros de guerra alemanes "métodos parecidos a los utilizados por los nazis", según ha mantenido MacDonogh hoy en la presentación en Barcelona de su libro.

"Incumpliendo la Convención de Ginebra, los utilizaron (a los prisioneros) para hacer trabajos forzados y en la mayoría de los casos se puede decir que fueron esclavizados", ha añadido.

Según MacDonogh, "el final de la Guerra estaba planificado desde hacía mucho tiempo, en 1943 Estados Unidos ya habla de dividirse el mundo con la URSS, por lo que esas atrocidades, ese período de caos que se produjo tras el final de la guerra se podría haber evitado".

La Unión Soviética tampoco respetó la Convención de Ginebra con los 90.000 presos alemanes de la batalla de Stalingrado, de los que "sólo sobrevivieron 5.000, que no pudieron volver a Alemania hasta 1955".

En la primera mitad del siglo XX circuló el mito de que "era sencillo transferir población de un territorio a otro, como ya se había hecho en Grecia y Turquía", pero los aliados occidentales pensaron que los movimientos demográficos se tratarían en agosto de 1945 en la Conferencia de Postdam, cuando "la URSS ya había iniciado en enero estos movimientos de personas y había lanzado una política de hechos consumados", según MacDonogh.

Los movimientos de personas, ha afirmado, fueron la mayor causa de los cerca de tres millones de muertos de este período.

El libro no se limita a contar lo que pasó en Alemania y Austria, sino que también aborda lo que sucedió en la Europa del Este y en los Balcanes, así como el juicio de Nuremberg y los subsiguientes juicios y procesos realizados contra nazis de tercera fila que, según su autor, acabaron ocupando cargos importantes en el nuevo estado que nació en 1949.

En relación al juicio de Nuremberg, el historiador británico considera que "había una falta de cuerpo legal" y menciona la anomalía de que el principal juez de Rusia no era un jurista, sino un general, que "pretendía que se juzgase a los presos de guerra alemanes por la masacre de Katyn, que habían cometido los propios rusos".

Añade que se cometieron injusticias como condenar a generales que no habían participado en las atrocidades del nazismo y que como oficiales en guerra habían hecho lo mismo que los generales aliados.

Además de archivos históricos, MacDonogh ha tenido acceso a numerosos diarios privados, hasta ahora inéditos, que ofrecen un testimonio en primera persona de esos años inmediatos tras la caída de los nazis.

En la última parte del libro, MacDonogh trata la reconstrucción de Alemania: "No niego que hubiera lados positivos de la ocupación aliada de Alemania; y aunque la primera parte, por desconocida, es más atractiva para el lector, también he querido hablar de la política de reconstrucción a partir de 1949, cuando se creó un estado pacífico que afortunadamente ha llegado hasta nuestros días".

Reconoce MacDonogh que "cuando se fundó la República Federal en 1949, los aliados miraron hacia otro lado", pues el nuevo gobierno necesitaba de profesionales para construir el Estado y para ello tuvo que recurrir "a nazis de tercera fila".

"No olvidemos que el Partido Nazi tenía 9 millones de afiliados, y cualquier abogado, médico, policía o profesor que quería progresar profesionalmente estaba obligado a ser miembro del Partido Nazi", señala el autor, quien advierte que "muchas de estas personas no estaban convencidas del nazismo, igual que también había muchos que eran radicales nazis sin estar en el partido".

Al final de la guerra en 1945 se estableció una política de que cualquiera que fuera miembro del Partido Nazi debía abandonar su puesto de manera inmediata, pero "a partir de 1949, todos aquellos profesionales volvieron porque el nuevo estado los necesitaba".

De todos los que volvieron, MacDonogh cree que "sólo un 10% eran criminales que habían participado en las atrocidades y algunos de ellos incluso habían formado parte de las SS, y acabaron muriendo de viejos en sus camas".

Aunque el libro no se ha publicado en alemán, sí que ha llegado a las librerías alemanas en su versión en inglés, y la reacción ha sido controvertida y dividida, en palabras de MacDonogh, "entre aquellos que encuentran el libro magnífico y aquellos que no ven correcto mostrar a los alemanes de aquellos años como víctimas".

José Oliva

<http://www.publico.es/agencias/efe/339472/macdonogh-denuncia-las-atrocidades-cometidas-por-los-aliados-tras-la-guerra>

<http://www.publico.es/culturas/339512/macdonogh-destapa-las-culpas-aliadas>

<http://www.larazon.es/noticia/2713-alemania-terror-contra-terror>

<http://www.elperiodicoextremadura.com/noticias/noticia.asp?pkid=535747>

<http://www.abc.es/20101004/cultura/alemania-cero-20101004.html>

http://www.elpais.com/articulo/cultura/hora/terrible/vencidos/elpepucul/20101002elpepucul_4/Tes